

UN CUADERNO, UNA TROMPETA Y ESPACIO PARA UN BARCO

Para Andrés Gamboa

Tenía la curiosidad de un cocinero, la perspectiva de un arquitecto neoclásico, la orientación de un arqueólogo y el hambre de un cazador de nubes.

Tenía un cuaderno y muchas manos, robustas y ágiles, para hacer anotaciones: un dibujo, una receta, un disco de jazz, un título que poder usar para cualquier cosa, el próximo partido del Barça, la penúltima idea para un libro...

Tenía un delicioso sentido del gusto: las comidas lentas, las civilizaciones antiguas, la orilla del mar, los objetos de vanguardia, el rugido nocturno de la ciudad, teñida con la íntima desolación de un visionario con aspecto de narrador oral, que jugaba con el aparentemente improvisado olvido de todo lo superfluo.

Tenía un humor resbaladizo, austero y mordaz, el guiño colorado de un cangrejo, el semblante taciturno, la cálida y apacible espera de un lector instruido y a la vez risueño, justo en el momento anterior a soltar un petardo para agitar un poco a los dormidos.

Tenía intuición de ariete, y hubiese sido buen delantero, pero se entretuvo mirando la pintura italiana y flamenca, y leyendo a los románticos, trágicos y simbolistas. Se distraía con el diseño de un billete de tranvía o con los poemas sobre manzanas o las cosas sencillas.

Tenía un montón de conceptos, con grandes focos, brillantes, grandilocuentes, para poder alinearlos

y después saltar por encima. Y podía hacerlo, ya que tenía siete o más vidas.

Tenía sueños extravagantes –como el de un jardín con esculturas de metal, o inventos para dibujar con aceite- y otros no tanto –como un buen *suquet* con los amigos-.

Tenía un barco, y le hubiese gustado tocar la trompeta mientras navegaba.

Tenía Francia, Inglaterra, Alemania, Italia,... la vieja Europa a sus pies, pero también Perú y México, y los arrabales más sinceros y sorprendentes del nuevo mundo.

Tenía una chaqueta de buen paño, en cuyos bolsillos cabía todo lo anterior en una especie de orgía desenfadada más propia de un prestidigitador dadaísta que de un pintor de la vida bohemia, que es lo que en realidad era.

Tenía tantas cosas, que de repente se nos han escapado entre los dedos cuando parecía que todas ellas serían infinitas y durarían por siempre. Y ahora –huérfanos y en primera línea de fuego- nos tocará responder a las preguntas.

Pese a todo, estad tranquilos, ya que en caso de dudas con la elaboración de cualquier tarea, menú o índice, siempre podremos mirar allí arriba, al tendido, y decirle al aire a voz en grito: - *¿Y tú como lo harías, maestro?*

Javier Ortega
Marzo, 2011